

Destellos de sensibilidad vienesa fin-de-siècle

Noemí Calabuig

1. Cada vez que nos refiramos a este texto lo haremos con las iniciales UC, seguidas del número de página correspondiente a la edición que aparece en la bibliografía.

Este texto, que lleva por título *Über die letzten Dingen* (*Sobre las últimas cosas*¹), fue publicado por la editorial vienesa Wilhelm Braumüller en 1904. Su autor, Otto Weininger, un joven vienés de origen judío, acababa de suicidarse. Ahora, por primera vez después de ciento cuatro años, la obra póstuma de Weininger ha sido traducida al castellano.

Pese a la brevedad de su vida, Weininger también tuvo tiempo de escribir *Geschlecht und Charakter. Eine prinzipielle Untersuchung* (*Sexo y carácter. Una investigación de principios*²), un texto de unas setecientas páginas que comenzó sien-

do su tesis doctoral y acabó convirtiéndose en uno de los libros más vendidos de la Europa de *fin-de-siècle*. Con esta obra Weininger se ganó el reconocimiento y la admiración de muchos intelectuales coetáneos (Karl Kraus, Georg Trakl, Robert Musil, Arnold Strindberg, etc.). Se trata de una obra ambiciosa y multidisciplinar en la que el autor hace alarde de multitud de conocimientos: la historia de la investigación sobre las funciones de las glándulas sexuales, la historia de los movimientos feministas en la Europa del siglo XIX, la moderna psicología de Ernst Mach, la teoría de la autoconciencia de Kant, la teoría del inconsciente de Freud, la metafísica de Schopenhauer, la concepción histórica de Bachofen, etc. También incluye elementos polémicos como la crítica al psicologismo y a la psicología experimental, el rechazo de la filosofía del inconsciente (seguramente se refería a la de Edward

von Hartman) y de toda ética material –especialmente aquella que se basa en la simpatía o la compasión, como la de Hume o la de Schopenhauer– y una crítica cultural al estilo de Nietzsche que ve en la ciencia de su época los síntomas de algo más profundo, una determinada *tendencia del espíritu*. Otros elementos de esta obra podrían catalogarse como políticos, por ejemplo, las consideraciones sobre la homosexualidad y la respuesta a los movimientos feministas de la época.

Para sintetizar diremos que el objetivo de Weininger en esta obra es analizar las diferencias entre lo masculino y lo femenino desde todas las perspectivas (biológica, psicológica, cultural, metafísica, etc.) y basar en ese análisis su crítica a la moderna civilización (Sengoopta, Ch., 2000, pág. 4), a la que considera eminentemente femenina. Para ello el autor convierte a la masculinidad y la feminidad en ideas platónicas o en arquetipos contrapuestos y extremos entre los que se encuentran todos los individuos concretos. La esencia de la masculinidad es la conciencia y la racionalidad, la libertad y la creatividad; mientras que la feminidad es identificada con la inconsciencia y la irracionalidad, con la sexualidad y con el sometimiento pasivo a las leyes de la naturaleza y de la especie. Así, una persona que fuera completamente masculina determinaría su propio comportamiento según el *imperativo categórico* kantiano, por lo que sería capaz de renunciar a su sexualidad evitando convertir a la otra persona en un instrumento para obtener placer. Un individuo completamente femenino, por el contrario, sería un receptor pasivo de su entorno que tiende a la satisfacción indiscriminada de sus instintos. En el mundo empírico, sin embargo, no existe ninguno de estos dos

von Hartman) y de toda ética material –especialmente aquella que se basa en la simpatía o la compasión, como la de Hume o la de Schopenhauer– y una crítica cultural al estilo de Nietzsche que ve en la ciencia de su época los síntomas de algo más profundo, una determinada *tendencia del espíritu*. Otros elementos de esta obra podrían catalogarse como políticos, por ejemplo, las consideraciones sobre la homosexualidad y la respuesta a los movimientos feministas de la época.



Otto Weininger
Sobre las últimas cosas
Traducción de José María Ariso
Madrid, Antonio Machado Libros,
2008, 246 pp.

2. Para referirnos a este texto lo haremos con las iniciales SC.

extremos sino que todos los individuos se encuentran en algún punto intermedio entre esos dos planos estructurales. Apoyándose en las últimas investigaciones sobre embriología y sobre el desarrollo de los órganos sexuales (J. Müller, R. Remark, W. Waldeyer, K. Goebel, O. Hertwig) Weininger llega a sostener que todos los seres vivos son tanto física como psicológicamente bisexuales. Y basándose en esta tesis defiende un tipo de educación individualizadora, que tenga en cuenta el porcentaje de masculinidad y de feminidad de cada individuo.

Otra cuestión central en *Sexo y carácter* es su concepción del judaísmo como una categoría que desde el punto de vista psicológico se aproxima bastante a la feminidad: el judío absoluto es amoral, no tiene alma, carece de la necesidad de inmortalidad y desconoce la piedad. Por un lado, Weininger asegura que cuando habla del judaísmo no se refiere a una raza, ni a un pueblo, ni a una doctrina religiosa, sino a una determinada constitución psíquica que puede darse en cualquier individuo (sea judío o no lo sea). Pero por otro lado, pretende convencernos de que el pueblo judío, históricamente considerado, es el que en mayor medida se aproxima a la idea platónica de judaísmo.

En última instancia, según Weininger, el problema de la feminidad y el del judaísmo son idénticos al problema de la esclavitud y éste sólo puede solucionarse individualmente. Después de todo, el mensaje fundamental de *Sexo y carácter* es ético y podría resumirse así: el deber de cada individuo es buscar la verdad y asumir la máxima responsabilidad aunque ello suponga esfuerzo y sufrimiento.

En *Sobre las últimas cosas* los principales puntos de vista de Weininger permanecen intactos. Este texto, de unas doscientas veinte páginas, podría considerarse como un apéndice de *Sexo y carácter* por

que en él las nuevas reflexiones se levantan sobre la base de las viejas afirmaciones, se profundiza en los antiguos problemas y se especula sobre la posibilidad de una simbología universal, de la que se ofrece una tentativa. No obstante, esta obra es interesante por sí misma y su comprensión no exige del lector la previa lectura de *Sexo y carácter*, muchos menos si tenemos en cuenta que en la introducción de José María Ariso quedan perfectamente resumidas las tesis fundamentales del autor.

El libro está dividido en siete capítulos independientes entre sí. En el primero, que es también el más desarrollado, Weininger nos ofrece una espléndida interpretación del poema de Ibsen, *Peer Gynt*, a la luz de *Sexo y carácter*. Está convencido de que se trata de uno de los grandes dramas de redención y de que, junto con el *Fausto* de Goethe y el *Tristán* y el *Parsifal* de Wagner, «presenta el problema de la humanidad en toda su extensión y con sus extremos más opuestos» (UC, 29).

Pese a que en *Peer Gynt* Ibsen se burla de la filosofía alemana, la interpretación que Weininger hace de esa obra es totalmente filosófica: en ella, dice, el autor pone de manifiesto que la posesión de un Yo (inteligible) es lo único que confiere valor a un hombre y que su expresión más clara es el esfuerzo por acatar la *ley moral en sí*, de donde se sigue que quien carece de personalidad es amoral, pues no siente la necesidad de perfeccionarse, o dicho de otro modo, no persigue el ideal ético del que Kant habló en su *Crítica de la razón práctica*. Así, si un individuo semejante obrara conforme a la moral, lo haría, no por una motivación interior, sino para ser valorado por aquellos que le juzguen.

Esto es lo que le ocurre Peer Gynt, el protagonista del poema: «Para él mismo su existencia se asemeja a una cebolla:

muchas capas pero ningún corazón, muchos modos y atributos pero ninguna sustancia» (UC, 31).

Aquí Weininger hace referencia a Spinoza, quien le parece un claro representante del espíritu judío fundamentalmente por dos motivos: en primer lugar, por su incompreensión para el libre albedrío. Según Weininger los judíos son deterministas porque tienden a la esclavitud. Y en segundo lugar, porque no cree en la subsistencia de los individuos, a los que considera meros accidentes, modos no reales de una única sustancia infinita. Así, el filósofo más opuesto a Spinoza y más extraño por tanto al judaísmo es Leibniz, el autor de la monadología (SC, 493).

Como decíamos, Peer carece de valor intrínseco por lo que intenta desesperadamente mejorar su reputación inventándose historias, pero así sólo consigue enriquecer su yo empírico a costa del debilitamiento de su yo inteligible. No se da cuenta de que el deber es siempre para uno mismo.

Weininger presenta a Peer como un paradigma del espíritu judío: en él, dice, «se reconocen todos aquellos para quienes la otra persona es la medida, todos aquellos que adoran a Jehová: pues Jehová es la colosal personificación de la *otra persona*, por lo que consigue influir en el pensamiento y conducta de un individuo» (UC, 39).

Para Weininger la relación existente entre los judíos y Jehová se parece mucho más a la dialéctica del amo y el esclavo que a la relación paterno-filial que se percibe en el Nuevo Testamento: el dios de los judíos, dice, es un ídolo abstracto que promete el bienestar en la Tierra a cambio de obediencia ciega. Esto sólo se explica porque los judíos no sienten la divinidad dentro de sí, son incapaces, por tanto, de reconocer lo divino en el hombre y como consecuencia, igual que las

mujeres, necesitan someterse a una voluntad extraña. De esta disposición al servilismo, que es inmanente al judaísmo, también se deriva la ética heterónoma contenida en el Decálogo de Moisés (SC, 487). En el Antiguo Testamento tampoco aparece referencia alguna a la inmortalidad. Esto se debe, dice Weininger, a que los judíos no sienten la necesidad de perdurar eternamente como individuos, únicamente velan por la inmortalidad de la especie (SC, 499). De modo que, si hay algo que el judío sienta como un deber moral eso es multiplicarse. Este hecho, a su vez, estaría relacionado con su incapacidad para entender todo lo que representa el ascetismo (SC, 484).

Vemos como en esta interpretación del poema de Ibsen Weininger coloca en el centro de la discusión lo que considera la más amplia e inconmensurable contraposición, la que existe entre el judaísmo y el cristianismo. Está convencido de que el factor determinante en el pensamiento y la obra de Ibsen es la enseñanza de Cristo, que podría resumirse así: sin individualidad no hay inmortalidad.

Otro de los problemas fundamentales de la obra de Ibsen es el de la mujer. Ahora bien, lo que interesa a Ibsen, dice Weininger, no es la cuestión popular de si las mujeres tienen las mismas capacidades que los hombres y si deben tener los mismos derechos políticos, sino el significado profundo de la feminidad y su relación con la idea de humanidad.

En el poema de Ibsen existe un personaje, Anitra, la novia de Peer, que representa de la forma más desarrollada posible para los seres humanos la carencia de alma. Weininger parece identificarla con la «mujer prostituta» que él mismo describe en *Sexo y carácter*.

Cuando Weininger describe a la prostituta no se refiere exclusivamente a las mujeres que cobran por sus servicios

sexuales sino a un prototipo psicológico al que muchas mujeres concretas se aproximan y que se halla en las antípodas del prototipo de la madre. La prostituta es la mujer que nunca se ha supeditado a las valoraciones de los hombres ni ha acautado el ideal moral de castidad que ellos han querido imponerle, la mujer que ha renunciado a la estima social quedando, en los casos extremos, fuera del derecho y de la ley. Es coqueta, descarada y por naturaleza está dispuesta a la poliandria. Según Weininger, la prostituta «representa la figura análoga al gran conquistador en materia política» (sc, 350): igual que el hombre de acción, se siente dueña y señora de sí misma y en esa autonomía reside su poder. De hecho, sin estar gobernada por las leyes masculinas es la que más poder ejerce sobre todos los ámbitos de la vida humana.

Anitra, el personaje de Ibsen, es la mujer que excita sensualmente a los hombres sin darles la oportunidad de una satisfacción sexual más intensa, en ella ni siquiera se aprecia el esfuerzo extraviado por alcanzar un yo inteligible y, como la prostituta de Weininger, no busca el reconocimiento de los demás, pues carece del más débil impulso hacia la verdad.

Weininger también ve en el poema de Ibsen una confirmación de su propia teoría del amor. El amor es entendido por Weininger como un fenómeno de proyección en el que el amante vierte sobre un individuo aquello que quiere ser pero que jamás podrá alcanzar, su mejor Yo, su ideal moral, su alma (sc, 378). Puesto que la mujer, que es parte de la naturaleza, carece de un valor intrínseco, se convierte en el receptáculo más adecuado para todos los valores: es carne que espera ser animada, materia que busca ser conformada, es la nada, que quiere recibir su ser y su valor del hombre. Su belleza, por tanto, no es otra cosa que «moralidad hecha visible»,

pero no la de la mujer –que para Weininger es amoral– sino la del propio hombre, que la ha proyectado sobre ella.

Weininger quiere hacernos entender que lo que redime a Peer Gynt no es su amada, Solveig, en tanto que individuo particular vivo y carnal, sino la Solveig que hay en él, es decir, la posibilidad de convertirse en su mejor Yo.

Esta concepción del amor tiene como trasfondo una metafísica idealista: el núcleo central del individuo, su verdadero Yo, su ser, es ético y de él deriva todo lo demás. Para Weininger es la ética la que crea la naturaleza y no al revés: «la ley natural no es más que un símbolo de la ley moral, lo mismo que la belleza de la naturaleza es la nobleza del alma materializada y la lógica la realización de la ética» (sc, 380).

Sin embargo, ese intento de encarnación, el amor, que ve en un ente concreto (y como tal limitado en el espacio y en el tiempo) lo eterno, lo infinito, el valor absoluto; que ve en la mujer amada la perfección completa, es una ilusión y un error. Y como todo error es culpable³. En *Sexo y carácter* Weininger explica detalladamente por qué incluso la más sublime erótica supone siempre una triple inmoralidad contra la mujer (sc, 389-90).

En Peer Gynt, Ibsen acaba reconociendo que siempre que un hombre ama a una mujer comete una injusticia contra ella y más tarde se da cuenta de que toda relación erótica entre el hombre y la mujer implica una expropiación y una privación de derechos, como queda claro en *Casa de muñecas*.

Si Weininger admira a Ibsen es porque éste exigió al hombre que tratara a la mujer como un ser humano independiente y que honrara también en ella la idea de humanidad, de modo que no la usara, como ocurre en toda relación erótica, como un medio para alcanzar sus propios fines.

3. Que todo error implique culpabilidad está relacionado con la idea de que seguir los dictados de la lógica es un deber moral.

Según Weininger, Eda Gabler es la mujer a la que Ibsen valoró por sus auténticas cualidades tanto como pueda valorarse a un hombre, considerándola como una igual.

El segundo capítulo del libro contiene interesantes reflexiones en torno a la psicología del sádico, del masoquista y del asesino, pero aquí me centraré en las observaciones sobre la ética y el pecado original. La mayoría de las veces, dice Weininger, los hombres no hacemos *lo que queremos* sino *lo que hemos querido*. Este sometimiento del momento presente al pasado es experimentado por el hombre superior (por el genio) como inmoral. ¿Por qué? Porque la ética requiere actuar con plena conciencia en cada momento, de modo que en cada acto se exprese el individuo completo. Obviamente eso es irrealizable, el simple hecho de que tengamos un cuerpo, que como todo lo material está sujeto a las leyes causales, va en contra de las exigencias del filósofo. Por supuesto, Weininger es consciente de eso y se muestra especialmente preocupado, incluso obsesionado, por el problema del dualismo, que identifica con el problema del pecado original: haber nacido, dice, es haber elegido la vida de los sentidos y renunciado a la libertad. El enigma del mundo, lo incomprendible, es por qué he nacido, por qué el ser libre y atemporal se ha precipitado en la temporalidad. Pero no es posible comprender el pecado mientras se sigue cometiendo, mientras se sigue deseando la vida material.

Para Weininger el simple hecho de que haya enfermedades en el mundo es una prueba del pecado original. Y llega a afirmar que toda enfermedad es una culpa cometida, algo psíquico que se traslada al cuerpo y se hace inconsciente. Es por ello que la enfermedad desaparece en cuanto es internamente reconocida y entendida por el enfermo, es decir, cuando se hace consciente. Weininger critica la medicina de su época, a la que califica de

inmoral e inefectiva, por pretender funcionar desde fuera (el cuerpo) hacia dentro (la psique), cuando toda verdadera transformación ha de tener su origen en el interior. Y afirma que el único método que posibilita la cura del alma es la introspección. La filosofía y el arte, por ejemplo, son diferentes variedades de este procedimiento terapéutico. Como vemos, Weininger ya conocía y había asimilado los principios fundamentales del psicoanálisis. En *Sexo y carácter*, por ejemplo, utiliza el aparato conceptual de Freud para apoyar su concepción de la mujer como absolutamente sexual.

El tercer capítulo del libro comienza con una interesante distinción entre dos tipos de hombres, los buscadores y los sacerdotes. Aunque se trata de dos tipos psicológicos extremos, Weininger asegura que algunos «grandes hombres» comenzaron siendo buscadores para convertirse finalmente en sacerdotes. Así Nietzsche, por ejemplo, habría sido durante largo tiempo un buscador y sólo en su Zarathustra se habría hecho perceptible la transformación. Aquí puede apreciarse el platonismo de Weininger, pues el proceso es explicado de un modo que inevitablemente nos recuerda a las fases ascendente y descendente de la dialéctica platónica: «El sacerdote ha dejado atrás la revelación; y la luz del día está en él; el buscador trata de hallarla en lo elevado, pero aún está ciego. El sacerdote ya está aliado con la divinidad; sólo él conoce las experiencias místicas» (UC, 122).

A continuación, Weininger dedica algunas páginas a hacer una valoración negativa de Schiller, a quien acusa de haber arruinado totalmente la tragedia. Dice que en sus obras se confunde el destino con la casualidad, que no es en absoluto trágica. Prueba de ello es que es siempre la maldad y la infamia del mundo exterior (no del interior) la que hace sucumbir al héroe

schilleriano. Sus personajes, dice Weininger, son sombras planas, anémicas, carentes de subjetividad, en ellos no es perceptible la lucha interna. Pero lo que le resulta más ofensivo de Schiller es ese sentimiento de felicidad por vivir en la época que le ha tocado vivir, su incondicional optimismo histórico, su satisfecho orgullo de la civilización, etc. En Weininger se hace patente la distinción entre la verdadera *cultura*, que tiene que ver con el trabajo interior; y la *civilización*, siempre asociada al concepto vacío de *progreso*.

Muy distinta, sin embargo, es su valoración de Wagner, cuya obra artística le parece la más grande del mundo por la profundidad de su concepción. Sus temas, dice, son los más importantes que haya elegido artista alguno: la inocencia del paraíso antes del pecado original, el motivo de la culpa y la enigmática relación entre el tiempo y lo atemporal, la redención del pecado original y el asombro de que el milagro se lleve a cabo, etc.

El cuarto capítulo trata fundamentalmente sobre la unidireccionalidad del tiempo, que Weininger considera, junto con el dualismo, el enigma más profundo del universo. Asumiendo con Kant que el tiempo es una forma a priori de la sensibilidad (sin ningún efecto sobre el no-úmeno), considera que el hecho de que tenga un único sentido, es decir, de que el pasado sea irreversible, constituye un enigma cuya explicación sólo puede hallarse en lo moral. Que el tiempo sea unidireccional es para Weininger una expresión de la eticidad de la vida: no es ético querer cambiar el pasado (mentir) como tampoco lo es no querer alterar el futuro, evadir nuestra libertad, o dicho de otro modo, no querer crear (UC, 152).

El quinto capítulo estaba destinado a convertirse en el comienzo de un libro que nunca llegó a escribirse. Basándose en el presupuesto de que el hombre es un

microcosmos –es decir, en la idea de que el hombre está relacionado con todas las cosas y que éstas deben existir en él de un cierto modo–, Weininger pretende ofrecer un simbolismo universal. Lo que le interesa es desentrañar el significado de cada cosa particular dentro de la totalidad, una empresa demasiado vasta y atrevida que lamentablemente ha quedado inconclusa, aunque aquí se nos ofrece un esbozo muy sugerente.

El capítulo seis es uno de los más elaborados. En él Weininger reflexiona sobre la ciencia y su relación con la cultura. Y no sólo explica qué es de hecho la ciencia, o en qué se ha convertido la ciencia de su época, sino también cuales son sus posibles objetivos y cual de ellos debería perseguir. Pero lo que más sorprenderá a los estudiosos de Wittgenstein es la inteligente explicación que aquí se ofrece de la relación existente entre la lógica y la ética, una exposición de gran utilidad para quienes intenten comprender las enigmáticas afirmaciones del *Tractatus* sobre esta cuestión.

El capítulo final está constituido por una serie de aforismos que Weininger escribió justo antes de su muerte. En ellos vuelve sobre los mismos problemas, eso sí en un tono más obsesivo y desesperanzador, lo que hace perceptible el sufrimiento del autor, un joven a quien la propia existencia resultaba incomprensible e insoportable.

Creemos que el valor de la obra de Weininger radica en constituir un documento de la vida intelectual y emocional de la Viena finisecular: Weininger adoptó una gramática del género como estrategia para atacar los valores tradicionales de la burguesía y la moderna civilización (en contraposición a la cultura). De este modo, tal y como sostiene Eduard Timms, el filósofo estableció los términos que servirían como metáforas para la crítica so-

cial y cultural, y en general para la exploración de temas filosóficos, a toda una generación de intelectuales en Austria (Los, Kokoschka, Kraus, Freud, etc.).

Además, merece la pena señalar que el propio Wittgenstein compartía los puntos de vista de Weininger sobre las cuestiones que aquel consideraba más importantes, tales como la concepción de la ética y de la lógica, de la relación que existe entre ambas y como consecuencia también del sujeto. Es más, algunos de los conceptos más recurrentes de la obra de Weininger (como los de genio, carácter, talento, judaísmo, cultura, civilización, etc.) desempeñaron un papel fundamental en el proceso de constitución de la filosofía del primer Wittgenstein, de modo que estudiar la obra de Weininger puede ayudarnos a entenderla mejor.



Dibujo de
Oscar Kokoschka

Noemí Calabuig (Universitat de València) es profesora de Filosofía.

Referencias bibliográficas

- CASALS, J., 2003, *Afinidades Vienesas*, Barcelona, Anagrama.
- FREUD, S., 1967, *La Histeria*, Madrid, Alianza.
- HARROWITZ, N. y HYAMS B., 1995, *Jews and Gender. Responses to Otto Weininger*, Philadelphia, Temple University Press.
- JANIK, A. y TOULMIN, S., 1998, *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Taurus.
- JANIK, A., 1985, *Essays on Wittgenstein and Weininger*, Amsterdam, Rapodi.
- LUFT, D., S., 2003, *Eros and Inwardness in Viena. Weininger, Musil, Doderer*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- MONK, R., 2002, *Ludwig Wittgenstein*. Traducción de Damián Alou, Barcelona, Anagrama.
- SENGOOPTA Ch., 2000, *Otto Weininger. Sex, Science, and Self in Imperial Vienna*, Chicago, The University of Chicago Press.
- STERN, D. G. y SÁBADOS, B., 2004, *Wittgenstein reads Weininger*, Cambridge, Cambridge University Press.
- TIMMS, E., 1990, *Karl Kraus, Satírico apocalíptico. Cultura y Catástrofe en la Viena de los Habsburgo*, Visor Distribuciones, S. A.
- WEININGER, O., 2004, *Sexo y Carácter*. Traducción de Felipe Jiménez de Asúa, Madrid, Losada.
- WEININGER, O., 2008, *Sobre las últimas cosas*. Traducción de José María Ariso, Madrid, Antonio Machado Libros.
- WITTGENSTEIN, L., 2002, *Tractatus logico-philosophicus*. Traducción de J. L. Valdés, Madrid, Alianza Editorial, S. A.
- WITTGENSTEIN, L., 2003, *Aforismos. Cultura y Valor*, Madrid, Espasa Calpe S.A.
- WITTGENSTEIN, L., 1982, *Diario filosófico (1914-1916)*. Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Barcelona, Editorial Ariel S.A.